

Jamieson Webster

DESORGANIZACIÓN

Y SEXO

Publicado por primera vez en el Reino Unido en 2022 por Divided Publishing
con el título *Disorganisation & Sex*
© 2022 Divided Publishing, Bruselas y Londres

© De la traducción: Jordi Mariné Jubany, 2025

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2025

Primera edición: mayo, 2025

Preimpresión: Moelmo SCP
www.moelmo.com

ISBN: 978-84-19407-37-5
Depósito Legal: B 1742-2025

Impreso en Ulzama
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares
del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

termina cuando me voy a dormir

ÍNDICE

Nota del traductor	9
Prefacio	13

PARTE 1

VERDAD INCONSCIENTE, SEXUALIDAD Y ACTO

1. La fuerza desorganizadora del deseo	21
2. Vida onírica.....	43
3. Vida dañada.....	61
4. La acción en el análisis.....	63
5. ¡Termina tu análisis!	73

PARTE 2

DESCONFÍA DE LA MEJORÍA

6. Variaciones sobre un estándar	81
--	----

PARTE 3

NADA SE CONSOLIDA CON LA CURA

7. Pulsión de muerte	121
8. Soledad.....	131

9. La satisfacción común no existe	149
10. Fantasías de masturbación	151

PARTE 4

VIDA SEXUAL

11. Sexualidad masculina y genitalidad	165
12. Un chico joven y su madre	175
13. Sueño	187
14. Sobre las realidades en curso del abuso sexual.....	191
15. Órganos inútiles.....	205
16. Pánico sexual.....	219
17. Sexualidades ominosas.....	227
18. Mi país es.....	241
Agradecimientos.....	243
Bibliografía.....	245

NOTA DEL TRADUCTOR

Debo clarificar, brevemente, algunas decisiones relevantes que he tomado durante la traducción en relación con las citas y la bibliografía, por un lado, y la traducción de ciertos conceptos y palabras clave de la jerga psicoanalítica, por el otro.

En cuanto a las citas y la bibliografía, cabe primero mencionar que, en el caso de las citas dentro del texto, se ha optado por citar directamente de la traducción española del texto en caso de que estuviera disponible. Con todo, esta se ha modificado cuando difería demasiado de la cita del texto original, algo que se ha indicado con la abreviatura «trad. mod.». Así, seguido de la referencia original de la autora, en las notas al pie se cita también la traducción española y los números de página correspondientes a la cita dentro de esta traducción. En los casos donde no hubiera traducción al español disponible, he optado por traducir yo mismo la cita original, cosa que se indica con la abreviatura «trad. pro.».

En segundo lugar, cabe mencionar que, en el caso de la obra de Freud, que es la más citada en el texto original, se ha optado por una versión simplificada de sus citas tanto en las notas a pie de página como en la bibliografía final, ya que la gran mayoría de sus referencias se sacan de las ediciones estándar inglesas y españolas de sus obras completas. La edición estándar de Freud en inglés fue publicada por The Hogarth Press entre 1953 y 1966, bajo la edición general de James Strachey, en colaboración con Anna Freud y con la asistencia de Alix Strachey y Alan Tyson. La traducción española de esta misma edición estándar (bajo el

modelo editorial inglés, pero basándose en los textos originales en alemán), fue asumida por la editorial Amorrortu, encargada a José L. Etcheverry y finalmente publicada en la década de 1970 y comienzos de 1980. De acuerdo con esto, y siguiendo un método similar al de la autora en el texto original, se mencionará en la nota al pie el nombre del ensayo o artículo de Freud, seguido de su fecha de publicación original, de la fecha de publicación de la edición estándar inglesa utilizada, de *SE* (*Standard Edition*), del número del volumen donde se encuentra el ensayo o el artículo en cuestión en números romanos y de las páginas correspondientes a la cita en numeración arábiga. Para la edición española se hará exactamente lo mismo, pero con la abreviatura *OC* (*Obras Completas*).

Al respecto de las puntualizaciones referentes a la traducción en sí, en general he ido anotando y señalando cualquier traducción poco obvia de conceptos psicoanalíticos a lo largo del mismo texto. Con todo, hay algunos conceptos y palabras con connotaciones psicoanalíticas que se usan a lo largo del texto y que requieren de ciertas puntualizaciones.

La primera es la palabra «*wish*», que se utiliza en el texto a veces con peso propio y a veces como sinónimo de «deseo», si bien para este último término se utiliza también «*desire*». Para diferenciar entre los usos de *wish* y *desire* en el original, he decidido traducir, con algunas excepciones puntuales (señaladas en el texto), *wish* por «anhelo» y reservar «deseo» únicamente para cuando la autora utiliza *desire*. Esto lo hago también porque, en la jerga psicoanalítica, *wish* no es equivalente, en general, a «deseo». Como explican Laplanche y Pontalis en su *Diccionario de Psicoanálisis*, «la palabra *deseo* no corresponde exactamente al término alemán *Wunsch* o al término inglés *wish*. *Wunsch* designa más bien el anhelo, el voto formulado, mientras que la palabra *deseo* evoca más bien un movimiento de concupiscencia o de codicia, que en alemán se expresa por *Begierde* o incluso por *Lust*».¹

1. Laplanche, J. y Pontalis, J. B., *Diccionario de psicoanálisis*, Gimeno, F. (trad.), Paidós, Buenos Aires, 1996, pág. 96.

Otra decisión que tomé fue traducir el inglés «*ego*» por «ego» y no por «yo», de uso más común en español para designar esta instancia psíquica de la segunda tópica freudiana. Hice esto para disipar completamente la confusión con respecto al uso más genérico de *self* y de *I*, es decir, para subrayar cuando se está hablando propiamente del ego como instancia psíquica y cuando la autora se refiere, más generalmente, a lo que concierne a uno mismo y/o al *je* lacaniano. Si bien podía utilizar el Yo con la «y» mayúscula, creía que en algunos puntos esto se alejaba demasiado del texto original y podía confundir al lector.

Las dos últimas decisiones que quiero mencionar han sido la traducción de «*speech*» no por «habla» sino por «palabra» y la decisión de no traducir «*jouissance*» por «goce». Con respecto a *speech*, me basé simplemente en cómo se tradujo esta noción en la edición española de 2009 de los *Escritos*, publicada por Siglo XXI y traducida originalmente por Tomás Segovia, luego revisada por el mismo Lacan, por Juan David Nasio y por Armando Suárez, quienes eligieron el término «palabra» ya que este es más cercano al texto original en francés, donde Lacan utiliza «*parole*». Me parecía que esta traducción también reflejaba mejor el sentido de *speech* en el texto original. En relación con la cuestión de la *jouissance*, también fue una elección centrada en que se pudiera diferenciar cuando el texto original utiliza este término, que tiene un peso específico para Lacan y que en inglés no se suele traducir, y cuando se utiliza el más genérico «*enjoyment*», el cual sí traduje por «goce».

Por último, solo quiero añadir que, lógicamente, los casos clínicos que la autora comenta suelen implicar ciertos juegos de palabras y relaciones entre significantes en inglés que son, directamente, intraducibles al español. Cuando ocurre esto, específico entre corchetes la palabra del texto original y, en los casos en que esta asociación sea más compleja, la clarifico en una nota a pie de página.

PREFACIO

Cuando pienso en el sexo tal como lo concibe el psicoanálisis, oigo los versos «agua, agua, por todas partes / para beber ni una gota» de la *Balada del viejo marinero* de Coleridge.¹ Es verdad que se trata de una manera particularmente histérica de analizar un problema repleto de oralidad voraz, un énfasis en la insatisfacción y una densidad metafórica que roza la confusión, pero ¿por qué no empezar con una confesión sobre mis propios asuntos orales? Es impulsiva y no conoce límites: simplemente me encantan los placeres de la boca. Os digo que ahí afuera hay un desierto sexual, en cuanto a la realidad de los fluidos sexuales y el deseo de un intercambio. Estoy expresando mis preocupaciones sobre una cierta anorexia o deshidratación sexual contemporánea. El sexo se siente a veces como una maldición y no como una cura, aunque para el viejo marinero la cura era aprender a amar al albatros, a no tenerle miedo. Con este objetivo, pretendo hablar de la importancia y la rareza del sexo en su sentido psicoanalítico; de la búsqueda extrema a la que uno debe someterse para encontrar lo que pueda mitigar la sed. El sexo tiene el poder de traer consigo algo revelador, una satisfacción a la que llamamos sexual y que *cambia alguna cosa en la realidad*. De la manera más sincera y abierta, quiero que todos nos embarquemos en esta aventura.

1. Coleridge, S. T., *The Rime of the Ancient Mariner*, Avon Books, Nueva York, 1967, pág. 43 [trad. cast.: «Balada del viejo marinero», en Coleridge, S. T., *Balada del viejo marinero y otros poemas*, Martín Triana, J. M. (ed. y trad.), Visor, Madrid, 1982, pág. 23].

Para el psicoanálisis, el sexo y la civilización están en una profunda relación dialéctica: la sexualidad humana no es natural, lo que significa que va más allá del programa que puede definir la vida. El sexo necesita la vida para crear formas que puedan lidiar con su naturaleza anárquica e insaciable. El sexo nos presiona contra las formas con las que intentamos organizar su exceso. El sexo desorganiza. ¿Qué podría contenerlo? Sean cuales sean nuestras soluciones o satisfacciones, desde expresiones artísticas hasta invenciones científicas, la multitud de instituciones centradas en el cuerpo, la educación, el consumismo y la familia son siempre solo soluciones parciales —para un momento determinado, para un individuo singular, para un espacio social específico—. Si empezamos a temer que no podemos ofrecer una contención adecuada, podemos intentar encarcelar el deseo y, de modo más violento, matarlo, desecar su entorno, incluso en perjuicio nuestro. Este deseo y sus obstáculos, la civilización y sus malestares, definen lo que el psicoanálisis entiende al pensar la vida humana como vida sexual.

Me recuerda el momento de romper aguas —recientemente, he tenido una hija— y el pánico que esto provocó en el personal médico, que necesitaba que la rotura de aguas se alineara perfectamente con estar de parto, cuando a menudo no es así. Por eso, fuerzan la situación y es desagradable: una serie de intervenciones dolorosas que te hacen cuestionar quién las inventó y si de verdad tenían en mente un cuerpo y unos órganos sexuales reales. En mi experiencia como psicoanalista, las prácticas más extrañas y crueles surgen de lugares donde la atención médica al cuerpo y la cuestión del sexo están entrelazadas. Se siente como si la sexualidad de los cuerpos llevara a los profesionales médicos hacia algo que no entienden, quizás que no quieren entender, y que necesitan sentir como separado del trabajo que hacen.

En su versión más cliché, el sexo en el psicoanálisis suele mostrarse como un deseo de retornar al útero, un nacimiento invertido como retorno al agua, al entorno seguro de la matria [*motherland*].² Pero el

2. La autora juega aquí con el doble sentido proveniente de que, en inglés, tanto *fatherland* (literalmente: patria) como *motherland* (literalmente: matria) se refieren a lo que en español es únicamente «patria» o «tierra natal». (N. del T.)

mensaje psicoanalítico enfatiza los obstáculos a esta fantasía. Los humanos no podemos retornar al útero porque hace millones de años que gateamos desde los mares hasta la tierra. Nuestro tiempo en los fluidos amnióticos ni siquiera es un recuerdo, incluso siendo una realidad, incluso cuando es nuestro punto de origen, ahora solo existente bajo la forma de un deseo forzado a buscar algo sin saber qué es. La edad de hielo para Freud, cuando los mares se secaron o congelaron, es el momento mítico del nacimiento de la sexualidad neurótica. La sexualidad humana se ha encallado en la tierra. El proyecto es la búsqueda de una sexualidad más fluida. Esta es la cuestión del sexo en el psicoanálisis, tal y como la entiendo yo.

Mi anterior libro tenía la palabra *desorden* en el título. Esta se volvió una palabra importante para mí, una manera de resistir el afán psiquiátrico por multiplicar una serie de supuestos desórdenes, especialmente los desórdenes de la personalidad. En el libro tomé posición en favor del desorden; no sé qué es una personalidad. En esta colección de artículos recién editada, la «desorganización» se refiere a una ilusión sobre la organización. A veces me gusta pensar que esta ilusión empieza a evaporarse. Durante mi entrenamiento clínico, *desorganizado* era una palabra que utilizábamos de manera psiquiátrica para etiquetar a alguien con lo que percibíamos como pensamientos desperdigados, fragmentados, astillados, que no podían articularse y hacerse coherentes. Pero ¿quién podría ser el juez de lo que se consideraba como coherente? ¿De verdad pensábamos que existía una persona tan ideal? Si bien mi anterior libro vincula el cuerpo al desorden, este vincula el sexo con la desorganización. Nos encontramos constantemente con la demanda cotidiana de poner nuestros cuerpos y nuestras ideas en un orden determinado, de racionalizar nuestra vida sexual, de reproducir la imagen de «sentar cabeza». El psicoanálisis nos dice, sin rodeos, que nada podría ser más imposible, que nada es más contraproducente para la sexualidad propia de los seres humanos; una sexualidad que, como señala Freud, va más allá del instinto, más allá del placer, y es así radicalmente abierta. Abierta, pero para cargar con el peso de la historia.

En un libro sobre el sexo, he decidido cambiar a una palabra que contiene «órgano», sobre todo en relación con su deshacer.³ Lacan decía que, tras el coito, nuestros órganos son apartados a un lado: nos privan de ellos, nos desacoplan, mientras la intensidad escapa de nuestro cuerpo. Quizás sea esta la razón del orgasmo: rebajarnos (nuestros anhelos y expectativas) un poco, dejándonos sin nada más que con recuerdos desperdigados y trazas de excitación y ternura, aferrándonos a estos placeres posteriores. Estas piezas de la vida sexual son lo que tenemos, una mínima organización, una especie de amalgama desorganizada y preciosa. Recientemente me he topado con el libro *Hatred of Sex* (University of Nebraska Press, 2022) de Oliver Davis y Tim Dean, que empieza con esta polémica provocación: «Como la democracia, el sexo es desordenado y desorganizante, odiable y deseable».⁴ La cuestión es cómo celebrar el desorden y la fuerza desorganizadora del deseo (y de la democracia), y las maneras en que la resistencia e incluso el odio hacia ello son utilizados para los fines de un poder antidemocrático. Esta es la crisis contemporánea que los autores ven en las autocracias emergentes y, no menos, en la producción de múltiples conspiraciones, como QAnon. Estos son órganos de organización. Aquí, Davis y Dean contextualizan el término *odio*: «El sexo nos indica [...] la compleja relación que todos los humanos tienen con la capacidad de sus cuerpos para el placer intenso, e incluso excesivo. Es la subestimada dificultad de esta relación con los propios placeres de uno lo que nos impulsa a hablar en términos de un distintivo odio al sexo».⁵

Una pregunta sobre la cura psicoanalítica que concierne al psicoanálisis con respecto a su saber, así como a sus institutos y a la transmisión del conocimiento clínico: ¿qué posible organización puede dejar

3. La autora se refiere aquí a que una de las palabras del título de este libro en inglés, *disorganisation*, contiene la palabra órgano (*organ*). (N. del T.)

4. Davis, O. y Dean, T., *Hatred of Sex*, University of Nebraska Press, Lincoln, 2022, pág. vii. Trad. pro.

5. Davis y Dean, *Hatred of Sex*, pág. xiv. Trad. pro.

lugar a la desorganización, al desconcierto, a la dificultad? La historia de los institutos psicoanalíticos y de la enseñanza psicoanalítica no sale bien parada en este terreno; hay una calcificación de la sexualidad entre sus formas institucionales y las regulaciones burocráticas. Freud tuvo la audacia de imaginar una civilización que pudiese tolerar la auténtica multiplicidad de la sexualidad, la singularidad de los modos individuales de placer y displacer, de los que el psicoanalista tiene algún que otro atisbo en el trabajo clínico. El psicoanalista es quien se hace cargo de la desorganización e intenta, a cualquier precio, hacer algo con ella que no sea provocar su desaparición. Hacemos esto sin garantía y asumiendo un gran riesgo. Lo llevamos a cabo teniendo que probar todo antes en nosotros y sabiendo que no podremos llevar a nuestros pacientes mucho más lejos de donde vacilemos, de donde retrocedamos. ¿Acaso no puede imaginarse una forma de democracia que asuma este comportamiento, el mismo peso de este tipo de responsabilidad? Agua, en todos lados.

Esta misma tarde, mi hija y yo estábamos jugando a chuparnos la cara por turnos: mi barbilla, su boca, mi mejilla, su cuello. El placer era eufórico, no solo por el placer de chupar, el placer de los labios y la lengua, sino también por el juego, por el intercambio de miradas furtivas, la aparición y el desarrollo de ritmos, el juego de elecciones alrededor del dónde, el cuándo, con qué fuerza, y siempre la cuestión del cuándo parar. Era tarde. Ella pronto se cansó. Cuando los infantes tienen sueño, se vuelven más desordenados; como cabos sueltos, los bordes de su cuerpo se deshilachan y no saben qué hacer con ellos mismos. En ocasiones, sus rodillas ceden bajo su propio peso. Muchas veces, mi hija hace algo muy especial en ese lugar de desorganización, que ha terminado por maravillarme: inventa algo nuevo como forma de relajarse, prolongando el placer y cayendo dormida (sin duda, entrando en ese espacio milagroso de desorganización conocido como vida onírica). En cierto modo, es como cuando hacemos que nuestros pacientes se estiren en un diván: para acercarnos a eso. Esta noche ha descubierto

que no solo podía chupar; también podía soplar y hacer los sonidos más increíbles, que crearon toda una canción que me hizo reírme y reírme, lo que la satisfizo, pero no más de lo que ya se había satisfecho a sí misma. Lo sé porque, una vez que me callé, ella continuó como si yo no estuviera allí, afinando su instrumento, jugando con su nuevo órgano, hasta que se durmió.